

PROBLEMAS EN TORNO AL TRABAJO DE LOS MONJES⁶

Ya que estamos reunidos como hermanos, a fin de dedicarnos en un clima evangélico, de amor fraterno y de comprensión, a la búsqueda de los caminos de Dios para la vida monástica en nuestros días, intentaré proponer aquí algunos interrogantes. Confío, por tanto, en este clima de buena voluntad, de búsqueda y de receptividad el cual nos proporciona la libertad para conversar sobre aquello que en conciencia consideramos que debemos decir.

Si el trabajo principal del monje es el “Opus Dei” y la “Lectio Divina”, nos falta señalar aquí otros trabajos a los cuales el monje puede dedicarse y los problemas que nos atañen en este particular. En primer lugar, ya sabemos que el monje no debe ser un perezoso, un desocupado y sin responsabilidad. Pues “la ociosidad es enemiga del alma”.

Tal vez sea bueno analizar un poco si en nuestros monasterios hay de hecho una organización y un clima que proporcionen a los monjes los medios para realizarse en el trabajo. Y si esta organización, además de proporcionar los medios para el trabajo, condiciona a cada uno a una real necesidad de trabajar, es preciso que haya en los monasterios un sano clima de oración y de trabajo. Es preciso que cada monje se sienta necesario y sepa que de él está dependiendo el funcionamiento de la Comunidad, pues solamente así cada uno se siente en la obligación de luchar para que “la casa de Dios sea sabiamente gobernada por hombres sabios”. Sentimos sin embargo que hay mucha insatisfacción y desánimo en los monasterios, como por otra parte nos habló nuestro Abad Primado. Atribuimos frecuentemente este desánimo y las frustraciones existentes en los monasterios a situaciones de transición en que nos colocó el Vaticano II. Pero si examinamos bien el asunto vamos anotar que las frustraciones en los monasterios son muy anteriores a la época del Concilio, pues hace ya varias décadas que se escribe sobre el asunto. No siempre se habló de este tema de un modo abierto como ahora, pero sí muchas veces con amargura y dureza.

¡Quién sabe si nuestra manera de conducir los períodos de postulante, de noviciado y de profesión trienal no necesitaría una reformulación!

¡Quién sabe si nosotros mismos no nos estamos encargando de destruir en nuestros candidatos a la vida monástica el hábito de trabajar! Desde el momento que muchos llegan al monasterio dejando afuera un trabajo y luego quedan liberados por razón del llamado “período de formación”. Quien no es formado trabajando, es formado para no trabajar.

Lo peor es que, al destruir el hábito de trabajar, destruimos el sentido mismo de responsabilidad que el joven traía de su vida en el mundo. Ahora bien, el hombre que pierde el gusto por el trabajo y el sentido de responsabilidad, aún cuando sea asiduo al Oficio Divino y a la mesa común de los hermanos, pierde el sentido de vivir por lo menos en parte.

La frustración, el desánimo y el espíritu de murmuración son el estado propio del hombre que no encuentra más sentido para su vida y que se siente inútil e incomprendido. Allí está un terrible desafío para todos nosotros los monjes: ¿será que solamente son responsables de esta frustración y desánimo aquellos que llegan a esta durísima situación? Y aún si ellos son los responsables, por causa de la flaqueza humana, de haber llegado a tal desánimo, ¿será que los otros monjes que son actualmente responsables de la dirección de nuestros monasterios están haciendo algún esfuerzo realmente grande y valiente para reanimar a los que se sienten en estos estados?

⁶ Tradujo: Hna. Estela Ma. Armelín, osb. Abadía Sta. Escolástica. Buenos Aires, Argentina.

No nos sentimos exentos del grave deber de enfrentar este problema. De hecho él no depende solamente de aquellos que están afectados por el desánimo, ni solamente de aquellos que dirigen la vida espiritual y material de los monasterios. La responsabilidad es por lo tanto de todos, de toda la comunidad. Y aún cuando la comunidad no haya querido crear, como es evidente tal estado de cosas, incluso que la comunidad haya sido llevada inconscientemente, por circunstancias históricas, a permitir en su seno el desarrollo de tales sufrimientos, esto no dispensa de la obligación de intentar resolver el problema. No queremos dar la impresión de que actualmente la situación de los monasterios sea catastrófica. Hay mucho de positivo y de monástico en nuestros monasterios. Hay mucha gente de valor y muchas personas bien realizadas dando un gran testimonio de fe al pueblo de Dios. Y si no fuese así no valdría la pena intentar resolver un problema tan difícil y tan grave, pues estaría todo irremediablemente perdido. Solamente los monasterios que tienen un saldo tan positivo como los de nuestros días pueden repetir lo que hicieron nuestros predecesores, es decir: enfrentar comunitariamente los problemas y estrellarlos en Cristo.

No quiero sugerir soluciones concretas no sólo por no poseerlas, sino sobre todo porque ellas pertenecen a cada comunidad en particular. La comunidad por el mismo hecho de estar constituida por personas, necesita afrontar sus dificultades tomando en consideración las cualidades y los defectos de cada individuo. Es necesario que cada persona y cada comunidad venza el miedo y la cerrazón. Es preciso ser consciente que si el desánimo alcanza más fuertemente a algunos, no deja de alcanzar también a toda la comunidad, pues si un miembro sufre, todo el cuerpo sufre con él. Muchas veces mueren personas solamente por no haber sabido que estaban enfermas.

Después de haber tenido la valentía de hacer la revisión para descubrir los problemas es preciso dar crédito al Espíritu Santo y a las personas para oírlos. Y este es el llamado que quiero dejar aquí bien nítido. No intentar ignorar el problema! No cerrarse en opiniones radicalizadas. No partir del principio de que el otro es un murmurador y por lo tanto no merece atención. Y quién sabe si Dios no quiere hablar por boca de los murmuradores ya que los buenos están tan seguros de su bondad que nada tienen que decir! Dios respeta hasta las opiniones estratificadas y no hace violencia a las rigideces mentales de nadie. Para resolver el problema del trabajo de los monjes es necesario rever toda la organización de la comunidad. Y a partir de un examen abierto y fraterno, donde todos tengan el derecho de decir abiertamente lo que piensan, establecer las áreas de actuación de cada comunidad, de cada persona.

Solamente en el debate comunitario es como se puede descubrir si el monje debe o no tener parroquia; si el monje puede o no trabajar fuera del monasterio; si el monje tiene que barrer los corredores, lavar los platos, ser hermano de los obreros trabajando junto con ellos, o ser hermano de ellos, “en aquella empresa” de un patrón rico o más o menos poderoso.

Solamente en un debate comunitario abierto donde todos tengan la libertad de expresarse libremente es que podemos descubrir si el monje puede tener un empleo fuera del monasterio, o si puede permanecer dentro de casa haciendo una experiencia de ermitaño, entregándose totalmente a la oración y a la contemplación. Lo cual por otra parte sería formidable si aconteciese con frecuencia en nuestras comunidades. Como vemos el problema del trabajo de los monjes no está en decir si él debe ser hecho afuera, o adentro, en el colegio o en la parroquia. El problema del trabajo es demasiado dinámico y debe ser asumido y debatido toda vez que aparezca una situación concreta de exigencia. El monje es generalmente solicitado o por la Iglesia local, o por las necesidades del monasterio o por razón de sus propias tendencias y aptitudes. En todos los casos sólo hay un medio de acertar en el cumplimiento de la voluntad de Dios: oír a la comunidad y cumplir la voluntad de los superiores. Si hubiese de hecho apertura y diálogo por parte de todos habría respeto para con el espíritu creativo de cada uno y también habría lugar para que todos viviesen felices en sus monasterios, tanto trabajando fuera como trabajando en casa. Tanto siendo más activo como más contemplativo. Lo que importa, para que no haya desánimo en la comunidad, ni problemas insolubles en torno a la oración y el trabajo es que haya realmente una profunda vivencia de caridad fraterna. Pues esta vivencia de caridad es la que señala la medida exacta para la temperatura espiritual de las comunidades.

*Monasterio de San Benito
53000 Olinda - C. P. 975 Recife
Pernambuco - Brasil*